

# Prosa y Verso

periódico literario

Redacción y Administración, Pedro de la Gasca .7.

## SUMARIO

Entre sábados, por Nanclares.—Dos cetros y dos almas, por Emilio Ferrari.—Ferrari, por Juan Ruiz de Salazar.—Ferrari clásico, por Bonifacio Chamorro.—¡Adios, por Federico P. Olarría.—Una violeta, por Joaquín Albi.—A la sentida muerte del eximio poeta D. Emilio Ferrari, por José Mayoral Fernández.—Ecos de Sociedad, por *El Diablo Cojuelo*.—Llanto de gloria, por Gonzalo G. Nanclares.—Semblanza, por Guillermo García.—Dicha perdida, por A. de Tapia.—Apartado de Prosa y Verso, por el Cartero.

## Entre sábados.

¡Pobre Ferrari!.....

¡Como podría yo figurarme, cuando hace un mes departíamos en amistoso colóquio, en el sencillo gabinetito de su casa veraniega, que tendría que dedicar hoy esta sección á un recuerdo de ultratumba en honor de mi querido maestro D. Emilio!

Igual que el estilote deja grabado sobre el disco fonográfico, el eco melódico de un aria, así quedaron impresas en mi cerebro, las palabras de aquella conversación, toda llena de bondadosa ingenuidad.

Era una tarde de los primeros días de Octubre. Una de aquellas tardes frías y tormentosas en que las nubes apopléticas desahogaban sus senos plomizos en abundante lluvia que chocaba en las vidrieras con preludios de un largo invierno de sierra castellana.

Yo había ido á ver á D. Emilio, á su casita de la calle de Valladolid, con el doble fin de interesarme por su salud, en aquellos días algo quebrantada y al mismo tiempo rogarle me escribiese un prólogo para un tomo de poesías que pienso publicar. Con la excesiva ama-

bilidad en él tan característica, me recibió en el acto y platicamos largamente sobre literatura y arte.

Sentados ambos en mecedoras de rejilla y al monótono compás del chapotear, vertiente de los canalones, tras los critales llorosos, que parecían velados por grises visillos, me hablaba el inolvidable maestro de las modernas corrientes de la literatura, del desquiciamiento en que se halla la poseía lírica por las extravagancias de forma de los poetas jóvenes que empiezan á desarrollarse en un ambiente viciado sin orden, escuela, ni concierto; de los propósitos de crear y mantener el teatro lírico, arraigando la poesía en el arte escénico; del manifiesto desamparo en que hoy están las letras españolas y de otras tantas y tan sabias manifestaciones, hechas con aquella sencillez y clarividencia de los asuntos literarios, que tan perfectamente dominaba, que yo, estático y pendiente, de su voz sonora y agradable, recogía en mi ser todas aquellas sabias experiencias, procurando esconderlas retentivamente, en lo más hondo de mi pensamiento, como avaro que esconde el codiciado tesoro.

La conversación fué varia y animada. Yo contemplaba aquella fisonomía blanca y aseada, aquel bigote cuidadosamente retorcido, aquella barba sedosa y aquella frente de inteligencia rematada por abundosos cabellos despejantes peinados hacia atrás. Sin ser viejo, D. Emilio, yo miraba aquella cara de afable santidad con el respeto que me infundiera la venerable faz de un apostol y observaba como, tras los roquizos critales de sus quevedos, no tenían ya sus ojos, aquel vivo fulgor escudriñante, de otros tiempos que parecían buzos exploradores del corazón humano.

Los estragos de la neurastenia escitaban su cerebro y extinguían el brillo de su mirada opaquizando su pupila observadora. Tibio sudor bañaba su frente y una intensa palidez alabastrina cubría su semblante.

Conoció que la conversación le fatigaba y hubo de despedirme, no sin antes obtener la promesa de que, desde Madrid, me remitiría el prólogo para mi libro.

¡Pobre Ferrari! Fué la última conversación que tuvimos en su casita veraniega aquella tarde triste y lloviznosa del mes pasado.

Su último soneto «Al hombre» tuvo el honor de que me dedicara. El prólogo de mi primera obra se fué con él.

Sea con él tanta gloria como para mi obra hubiera yo deseado.

Deseanse en paz el esclarecido vate del *Pedro Abelardo*.

#### NANCLARES



## Dos cetros y dos almas

Para honrar la memoria del esclarecido poeta cuya muerte lloran hoy las letras españolas, insertamos á continuación un fragmento de una de sus mejores composiciones poéticas.

«Regocijos populares,  
fiestas múltiples y varias,  
cabalgatas y yantares,  
músicas, farsas, juglares,  
enanos y luminarias,

Están sin interrupción  
juntamente festejando  
la doble, feliz unión  
de Isabel y de Fernando,  
de Castilla y de Aragón.

Y ya en su regia morada  
solemne y públicamente  
la boda, al fin celebrada,  
y en la ciudad proclamada  
por heraldos á la gente,

Los novios al cuarto día  
salen, entre el pueblo entero,  
con gala y trompetería  
á misa á Santa María  
de las casas de Vivero.

Verde enramada frondosa  
la calle entolda y abruma,

y la carrera anchurosa  
tapiza al par que perfuma,  
juncia fresca y olorosa.

Bajo un sol que oro destella  
bullendo en ambos pretiles  
la multitud se atropella  
y en vano pugnan con ella  
maceros y ministriles.

Todo es lujo y galanura  
no hay portada sin templete,  
ni enrejado sin verdura,  
ni balcón sin colgadura,  
ni palo sin gallardete.

Ya pífanos y tambores  
anuncian de cerca el paso,  
y ya de los miradores  
llueven el trigo y las flores  
sobre las vestes de raso.

Abriendo calle á empujones  
en las turbas que resisten,  
vienen cuarenta peones  
y reyes de armas que visten  
dalmáticas con blasones.

Siguen cabildo y concejo,  
y en pos al estilo añejo,  
botargas y mamarrachos  
sacudiendo á los muchachos  
con pelotas de pellejo.

Pasan en fila ordenadas  
con estandartes y guías  
las parroquias agremiadas,  
y en yeguas empenachadas  
timbales y chirimías.

Suena una marcha triunfal,  
y viendo llegar enfrente  
la comitiva nupcial,  
atruena el aire la gente  
con un ¡vitor! general.

Sobre un pisador que un paje  
conduce por el rendaje  
y chispas del suelo arranca,  
mojando en espuma blanca  
los frenos y el atalaje,

Va la princesa, algo erguida  
sobre el estribo de acero,  
la diestra mano en la brida,  
y la garnacha cogida  
contra el arzón delantero.

Lleva un brial con armiño  
y randas de oro y velludo,  
y un afollado corpiño  
que encuadra el seno desnudo,  
con un collar y un brinquiño;



Sobre la frente las blondas  
en que la toca remata  
flotando en ligeras ondas,  
y en las muñecas redondas  
dobles ajorcas de plata.

Marcha el príncipe á su lado  
con calzas de grana fina,  
jubón verde acuchillado  
y un rico sayo adornado  
con pieles de cebellina.

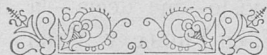
La brisa, que á cada instante  
los crespos rizos enreda  
de su cabello abundante,  
mueve la pluma ondulante  
de su birrete de seda;

Y mientras con una mano  
rige el potro jerezano  
que le bota en los arzones,  
va con otra cortesano  
saludando á los balcones.

.....  
Y aquella cinta que crece,  
se separa y se acumula,  
bulle, oscila, resplandece,  
se desenrosca, se mece,  
relampaguea y ondula,

Deslizase entre las ramas  
de los arcos, y se quiebra  
sobre juncias y retamas,  
sobre una inmensa culebra  
de refulgentes escamas.»

EMILIO FERRARI.



## Ferrari

Ferrari ha muerto; ha muerto un gran poeta. Nos ha sorprendido la terrible nueva pocos días después de estrechar su mano amiga. El maestro se va, pero sus obras quedan. Nos lo evocará constantemente el recuerdo de los heroes que él creó, cuando acompañen nuestros insomnios esos *amigos literarios* que jamás se cansan de prodigarnos su afecto, de entretener nuestros ocios, de calmar nuestros pesares. Únicos en cuya amistad hay que fiar. Cuando contemplemos las figuras augustas y dolorosas de Abelardo y Eloisa, ó sigamos á la pecadora del *Consumatum* en su peregrinación piadosa por los sitios familiares, donde transcurriera su infancia feliz y la oigamos demandar á sus padres un sitio en su tumba:

«Un sitio entre ambos á que en paz me ciña  
igual al que de niña  
soliais concederme en vuestro lecho»;  
ó cuando desarrugue nuestras frentes abatidas  
la gracil y traviesa figura del pilluelo que *di-  
jerase encontró forma en el limo del arroyo; ó*  
contemplemos las llanuras castellanas, *las tie-  
rras llanas* sagradas, magestuosas, fecundas,  
llenas de bien; cantadas de modo incompara-  
ble, en un metro nuevo, por el poeta que aca-  
ba de morir.

Y si lo principal de una vida es lo que en ella se realizó, si los hombres pasan y las obras quedan, es natural recordar lo que hizo después de llorar al que fué. Es justo decir algo de su obra después de cerrar su tumba.

Hay en las obras de Ferrari, aparte de la gran corrección en el estilo, (que es posible que en estos tiempos de insensatez literaria se considere como un defecto) una nota esencial, no vacilo en decir una nota honrada; un carácter impersonal, sin que esto sea decir que falte el estilo propio y distintivo del escritor; un carácter objetivo sin dejar de ser lírico.

Me explicaré; cuando un poeta ó un artista al realizar la obra atiende solo á hacer resaltar su personalidad, vemos al artista á través de la obra, pero ésta pierde pronto su importancia. Cuando por el contrario el poeta pone todo su cuidado en la obra y nada le importa destacar su personalidad, este es el buen artista, el buen poeta, porque escribe para que gocen los demás y no para que resalte su *yo*, y esta abnegación tiene su premio porque ésta es la obra perdurable. Porque *ocultarse es brillar*.

Hay momentos en que abrimos con afán y leemos con deleite, el libro de uno de esos poetas que han pasado la vida cantando su dolor, cuyas poesías son siempre amargas como el desengaño y tristes como el amor; pero ¡ay! es que entonces, en aquel momento nuestro estado de ánimo es anormal y los cantos del poeta acompañan nuestros pesares íntimos.

Pero yo digo ¿es lícito dar á las gentes solo en la obra de arte el fruto de nuestros desengaños? ¿Hay que esperar que nuestra alma se llene de hiel para envenenar á la multitud? No. Hay que hacer arte bueno como lo hizo Ferrari. Arte impersonal. Es preciso que la mira del autor sea, no destacar su personalidad, sino hacer una obra bella; bien relate un atroz infortunio ó un triunfo.

Y así es la naturaleza: el espectáculo de una noche estrellada, el rumor del agua nuestra amiga que corre murmurante cantando su canción, hasta el ruido siniestro de la tempestad, nos parecen siempre bellos independientemente del estado de nuestro ánimo.

Tal fué el buen poeta que lloramos todos. Escribió para los demás y no para sí. Así es la suprema belleza de Dios. Ofrenda sus dones á todos los amantes de lo bello y solo en sus obras se deja ver.

JUAN RUIZ DE SALAZAR.



## UNA PAGINA MAS

A la memoria del esclarecido vate Don Emilio Ferrari

Estinguióse la voz en su garganta  
y se apagó el acento de su lira;  
en versos magistrales ya no canta,  
en soberbias estrofas no suspira.  
Más no obstante su ingenio se ajiganta,  
hoy que lejos del mundo se le mira,  
porque supo ceñir sobre su frente,  
el laurel del cantor y el del creyente.  
Orgullo de la tierra castellana,  
en donde vió la luz por vez primera,  
imprimió á sus escritos, la lozana  
savia, de la bendita primavera,  
el celestial fulgor de la mañana,  
cuando el sol da principio á su carrera  
y con la fe por norte, faro y guía  
con el alma sintió la poesía.  
No ha muerto, no, ¿que importa que una fosa  
le sirva de mansión ó de morada,  
que cubra sus despojos una losa,  
una cruz, ó una estatua? ¡Poco ó nada!  
Quien manejó la rima primorosa  
de forma y de manera delicada  
y quien llegó á la cumbre de la gloria,  
pasará á los anales de la historia.

FRANCISCO DELGADO.



## Ferrari clásico

Era el último clásico que nos quedaba.  
Muerto Nuñez de Arce, Ferrari era el único

cincelador con que contaba nuestra preciosa métrica. Elegante, claro, perfecto, enamorado de la forma antigua, él hacia de la poesía un manjar del espíritu, y sus versos caían en el alma con el sosiego con que el maná caía sobre los campos de Israel, sin violencias ni furros, dulces, amables, fáciles... Y tenían, no obstante, intensidad y fuerza, y la delicadeza no robaba en ellos un solo grado á la energía. Era que el clasicismo reverdecía en ellos, brindando las bizarrías de la concepción junto á las sencillez perfectas de la forma, y junto á las intimidades claras del sentimianto...

Entre los que miden la Literatura por metros y entre los novadores que sueñan con una Poesía «guacamayesca», Ferrari era bastante discutido; pero él, netamente castellano, convencido de su labor y de su carácter, seguía su camino inflexible, evocando serenamente nuestra gloriosa edad de oro y despreciando un poco la reserva con que acogían aquellos sus galanuras clásicas.

¡Estaba bien seguro de que la posteridad, que doraría su nombre, condenaría el de estos locos de atar que han confundido la Poesía con la tela, escribiendo á tajos y cortando á capricho!...

La última vez que ví á Ferrari en Avila,—el último Septiembre,—sentados ambos en un banco de la carretera, fué éste precisamente el tema de nuestra conversación.

—Ya he visto—me decía—la filípica que ha escrito V. en PROSA Y VERSO contra los modernistas. Está muy bien. Cuanto haga V. en ese sentido es obra buena. Hay que ir contra ellos. Usted que es joven...

Y sus ojos de enfermo se reanimaban al recordarme que él los había vapuleado de lo lindo en su discurso de ingreso en la Academia Española, que movió entre los escritores regular polvareda.

También yo, que entonces andaba por los periódicos de Madrid, lo recordaba con placer. Fué aquél un gesto altivo que me gustó mucho.—¿Murmurais porque habiendo escrito muy poco vengo á este honroso sitio?... Pues ahí os van desde aquí un manojo de verdades para que sepais lo que sois, vosotros que tanto escribis...»

Fué aquél su adiós á la poesía, la última lanza rota en pro de nuestra castiza tradición de poetas. Desde entonces Ferrari, se había recluido en sí mismo, tranquilo y apacible,



satisfecho de haber señalado el amago de locura con que amenazan á nuestra noble métrica unos cuantos extragadores del idioma.

Para lección de éstos, para ejemplo de sencillez, para que digan los que le discuten si era ó no poeta Ferrari, quiero reproducir aquí cuatro versos que él escribió en el primer número de este periódico y que yo no olvidaré en la vida:

—«Madre que lloras á un hijo,  
tu sabes lo que es llorar;  
que la mitad de tí misma  
llora por la otra mitad...»

¡Hagan paso los modernitas á la memoria del último clásico!

BONIFACIO CHAMORRO.

Plasencia 6 Noviembre 1907.



## ¡ ADIOS! . . . .

La Poesía castellana  
se está muriendo de pena.....  
La que fué asombro del mundo,  
gloria de la hispana tierra,  
origen de inenarrables  
y prodigiosas empresas;  
la que tanto enaltecieron  
castiza grey de poetas,  
que hoy son orgullo y prestigio  
de la humanidad entera;  
aquella dama hermosísima  
tan recatada y discreta,  
que nos describió Cervantes  
en su inmortal epopeya,  
centro de amores sublimes,  
archivo de altas ideas;  
la que era luz y armonía  
y gracia y delicadeza  
hoy la vemos, en el siglo  
del Progreso y de la Ciencia  
postrada en lecho de muerte,  
exánime y neurasténica,  
sin que el estro de los vates  
anquilosados y estetas  
que revisten su penuria  
de traducciones francesas,  
consigan con sus productos  
de importación extranjera  
vencer el enervamiento  
y galvanizar la inercia

de la santa Poesía,  
que se nos muere de pena.....  
Ya conocéis el surtido  
de tan ruin farmacopea:  
Sonoras cursilerías,  
musitaciones perversas,  
fuegos fatuos, sollozantes  
cánticos á la Quimera,  
idiotas himnos satánicos,  
oraciones lastimeras,  
imágenes estrambóticas,  
elogios de la soberbia,  
sonatas y camafeos  
y medallones y.....¡etcétera!.....  
¡Con este pobre bagaje  
de palabrería hueca,  
pretenden cuatro agotados  
mantener firma y enhiesta  
de la dulce poesía  
la soberana bandera!.....  
¡Cómo ha de aceptar gustosa  
la que imperó entre grandezas,  
entre delicia y regalo,  
esta miserable ofrenda  
de balbuceos, ñoñeces  
y enfermiza serborréa!.....  
¡Cómo agradecer el fárrago  
que la mano justiciera  
del tiempo arrinconará  
bajo el denigrante lema,  
que lo resume juzgándolo,  
de «estupidez é impotencia!.....

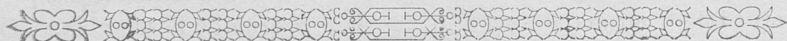
Primero Zorrilla, el épico  
cantor de las glorias nuestras,  
la encarnación más bizarra  
del alma de la leyenda;  
luego Gaspar Nuñez de Arce  
de ritmo y la rima atleta;  
ayer..... Gabriel y Galán,  
fontana pura y serena,  
por cuyos versos parece  
vibra la Naturaleza;  
Hoy Ferrari..... paladín  
de la tradición poética,  
de hondo sentir, pensar alto  
y frase limpia y correcta.....  
¡Todos se van!... ¡La Poesía  
que sola y triste se queda!.....  
Por eso se está muriendo.....  
¡Se está muriendo de pena!.....

FEDERICO P. CLARRÍA

## UNA VIOLETA

El cariño de Ferrari, por el habla castellana  
se descubre en la pulida joyelesa filigrana,  
que envoltura es de su estrofa de sublime inspiración;  
esa estrofa comparable al batir de la campana,  
por lo fresca y argentina, por lo límpida y lo llana,  
por lo pronto que conmueve y avasalla el corazón.

JOAQUIN ALBI.



## Á LA SENTIDA MUERTE DEL EXIMIO POETA

**Don Emilio Ferrari.**

Esos años que pasaron, esos siglos que se fueron,  
en la noche de los tiempos para siempre se perdieron,  
reflejándose su curso en la Historia nacional.

Esos años que eslabonan la cadena de la vida;  
de esa larga descendencia de existencia indefinida  
olvidada así que duerme en el lecho funeral.

Ni vestigios, ni recuerdos, en el mundo nos quedaron,  
de los seres, que en el curso de los siglos, le habitaron,  
como así de nuestras vidas que pasar tendrá después.

Solo el génio inmortaliza su memoria venerable  
al lograr con el acento de su lira inimitable  
que trascienda su armonía de los tiempos á través

Al finar cristianamente la existencia del poeta  
natural que el dolor punce cual mortífera lanceta:  
mas consuela nuestro pecho singular resignación.

Fué su alma á las regiones de existencia perdurable  
y él aún vive entre nosotros en espíritu admirable  
levantado entre los frutos de su vasta producción.

Hoy por eso ante la muerte del poeta de Castilla  
que en el libro de la Historia con fulgor radiante brilla;  
como muestra de mi pena pulso humilde mi laud.

Y asociado al duelo patrio, quiero unir mi poesía  
á la que este semanario hoy levanta en elegía  
por la pérdida de un génio que le honró con su virtud.

JOSÉ MAYORAL FERNÁNDEZ.





## Ecos de Sociedad

Sigo sin poder dar á mis lectores noticias gratas, ni casi de ninguna clase. Estamos en un periodo de calma y de espectación porque la primera nevada que ha de visitarnos nos acecha; acaso quiera sorprendernos cuando más tranquilos estemos.

Parece que esta habría de ser la época más propicia para bodas y *soirées* y sin embargo, como decía mi compañero Nanclares, la semana anterior, nadie se casa, nadie se reúne para conllevar más amablemente estas veladas tan largas y tristes.

De modo que estoy peor de lo que ordinario puede estar un diablo; porque ya sabéis que cuando el diablo no tiene que hacer..... pues ni eso; ni moscas encuentro para matar, matándolas, mis ocios.

Animaos amables lectoras y dadme que hacer.

Ha fallecido en Madrid D.<sup>a</sup> Felisa Pérez Durán, madre del oficial de 5.<sup>a</sup> clase de la Intervención de Hacienda de esta provincia don Manuel Gonzalez Perez.

Nuestro respetable amigo el muy Ilustre Sr. Arcediano de esta Santa Iglesia Catedral, D. José Prudencio, salió precipitadamente para Murcia con motivo del fallecimiento de su señor padre.

Muy de veras nos asociamos á su dolor.

EL DIABLO COJUELO.



## LLANTO DE GLORIA

A la memoria del inmortal poeta y querido maestro D. Emilio Ferrar

Briznas de lluvia, como frio llanto caen del espacio sobre lira inquieta.  
¡Ya, de sus cuerdas, no se escuchan el canto!  
.....¡Murió el Potéa!

Ecos dolientes de campana, suenan como lamentos de oración difusa que nuestras almas de tristeza llenan.  
.....¡Reza la Musa!

Todo es austero en el jardin florido, donde los vates cantan á su paso.

¡Yacen las flores en mortal olvido!  
.....¡Llora el Parnáso!

¡Plácidas musas y cantores bárdos, rendid coronas, sobre un cuerpo yerto!  
¡Formad un lecho de laurel y nardos!  
.....¡¡Ferrari ha muerto!!

Alma de santo, corazon de niño; propios y extraños, en tu honor implozan.  
Los que gozaron tu filial cariño,  
.....¡todos te lloran!

Hoy, en las lides de la triste vida, otro poeta de mezquina historia, llora tu muerte, con el alma herida.  
.....¡¡Canta tu Gloria!!!

GONZALO G. NANCLARES.

Avila 1.º Noviembre 1907.



## SEMBLANZA

No es de nadie que le desea, espoleado por la vanidad que siente en el misterio de lo desconocido. Pero es de un amigo, sin embargo. No te alarme, lector querido, que cuando veas que él, sólo acudió á este capricho mio, cuando le enseñé estas cuartillas, sólo á cambio de ocultar su nombre, comprenderás que, encuentra grato sabor en la dulce penumbra de la modestia.

Es joven, lleva en la mente todos los delirios de un alma que quiere lanzarse aún por el áspero camino de la vida. Pero es también temperamento moderado, reflexivo, que sujeta los ensueños de la ilusión á un cálculo razonador é inflexible. Sus fantasías de poeta, no pasan, en el delirar de su imaginación, los límites que pueden ponerle lejos de una vana pedanteria.

He querido muchas veces, á traves de un rato de mútuas confiancias, arrancarle frases, de las que en un diálogo, pueden cautivar el ánimo, sin ser quejas íntimas. Pero siempre rehuyó pasar de la conversacion confidencial al terreno de la retórica. ¿Por qué? Sin duda por el presentimiento de lo áridas que resultan esas peroraciones, en que las palabras se desvanecen en la sombra, antes de pronunciarse, cuando un neófito se propone demostrar las percepciones del alma.

—Si vieras—me dijo un dia—cuán difícil es lo que quieres. ¡Oh! Antes que el diálogo, preferia la cuartilla de papel. Al menos la reflexión, dispone de algo de tiempo en que deshacer algún error visible.

—¿Y cómo no lo haces?—le contesté.

—Es difícil también. Si se ven anacronismos, grandes errores, en esos, cuyos nombres recuerdan genios de la humanidad, en extintas generaciones, qué no haremos nosotros, pobres literatos nacidos ayer? El escarpelo del crítico, menos clemente con nosotros, que no llevamos más que la fantasía y la fé, nos trataría con crueldad, cuando de nuestras producciones hiciere caso, con más que habrá de hacerlo con esas que, por serlo de genios esclarecidos, debían tener menos absurdos tolerables.

—¡Timido eres á fé mía. La crítica tiene que cumplir en todo caso su deber, basada en los principios fundamentales del arte. Si en tus producciones se revela la verosimilitud ó la verdad; si las pasiones son demostradas tal como se desarrollan en el corazón, ¿acaso puede observar otra conducta que la imparcialidad? En todo caso, siempre las primeras creaciones del hombre, no serán más que baluceos. ¿Con qué derecho se ha de exigir con inexorable é inflexible rigurosidad, la perfección á un neófito? ¡Ah! ¡Entonces, al niño que, en las primeras lecciones comete los primitivos errores, se le ha de negar la enseñanza? ¿Cuál de esas frentes en las cuales brilló un sol de poesía, vino á la vida, más que con sombras primero en la mente, y como sin la constancia en el estudio y la perseverancia á través del tiempo hubieran sido tan iluminadas aquellas inteligencias?

—No te falta razón. Muchas veces, en esos momentos en que el alma se eleva á las regiones de la quimera subyugaba por una profunda emoción estética que impresionó, mi ser con imaginados ayes de dolor percibidos en el delirio de mi fantasía, he sentido un deseo grande de expresar lo que veían los ojos de mi imaginación. He querido reflejar con tinta las negruras del dolor ocultas tras esas palideces que velan los rostros llenos de melancolía. Ponía la pluma sobre el papel y la imaginación sobre las pasiones. Me disponía á expresarlas.... ¡Ah! ¡Las internas luchas que yo veía en mis delirios de poeta, habían sido mil veces dichas por los maestros del Arte. Tenía fijas en la mente sus vivas é intensas palabras con las cuales pintaban con desgarrador realismo las torturadoras pasiones que yo vagamente quizá, me proponía demostrar. Y mis palabras, serían sin duda las suyas, porque ellas me enseñaron á profundizar el dolor.—Aquí desmayaba mi voluntad y un vago presentimiento desprendía maquinalmente la pluma de mis manos. ¿Yo, pobre ente desconocido, demostrar un dolor, una lucha interna entre una pasión y un deber, ó acaso el destino, con palabras que con sublime belleza lo hicieron cerebros de imaginación portentosa? ¡Provocar la más cruel é irónica sonrisa! El pensamiento humano, dado á buscar en lo desconocido de un acto, la mira intencionada, lo ruin, lo bajo, creeria encontrar quizá ensegui-

da el más cobarde plagio. Cuando más, conjesiones y nostalgias, quejas personales, ocultas tras las tristes canciones del poeta. Por eso continúa en el silencio.

—¿Y seguirás continuado?

—Quizá no. No profesar la literatura,—dice Manuel Bueno,—es no ser un costal de pedantería, envidia y vanidad. Sin duda suppone que, cuando llegamos á poder analizar obras inferiores á la profundidad de nuestros conocimientos, muchas veces nos ciega el afán del desdén y hasta parece que sentimos algo que hiere á la dignidad al ver ese anhelo de los que, con la mirada fija á lo alto, deslumbrados quizá, sueñan, entre desilusiones y quimeras, con llegar á las cumbres.

GUILLERMO GARCIA.



## DICHA PERDIDA

No es posible luchar contra la suerte.  
¿A qué vivir en bárbara agonía?  
¿Por qué no llega el anhelado día  
que descansa mi cuerpo con la muerte?

Tres años, he soñado solo en verte,  
por darte solo un beso, yo vivía,  
cuando la dicha conseguir creía  
para siempre, mujer, vuelvo á perderte.

Mi camino, sembrado está de abrojos.  
Ya, no sueño estrecharte entre mis brazos;  
por que han sido tan claros tus enojos,  
tan certeros y rudos tus flechazos  
que ya no brotan lágrimas mis ojos.  
que me has hecho el corazón pedazos.

A. DE TAPIA.



## Apartado de "PROSA Y VERSO.,

G. G.—Piedrahita.—¡Vaya un soneto! Eso es escribir y riase V. de Rúben Darío.

Manolin.—Avila.—Desde luego le complaceré á V. pero con una condición; la de que no vuelva á escribir más.

Za Pa T. Ta.—Arévalo.—Se ha equivocado usted joven; esas quintillas ha debido mandarlas á Alegria.

Pirongo.—Arévalo.—Mande la firma y reincida.

N. H.—Avila.—¡No sea V. guason!

P. pito.—Idem.—Se publicará el romance.

Andrés.—Arenas.—Eso ya se ha publicado el año cuarenta y tres: Conque Sr. Don Andrés, ya vé que no me ha engañado.

EL CARTERO.

AVILA.—B. Manuel. Impresor.